

Thomlillaporamoth

Jorge Arturo Poveda

Image not found.

Capítulo 1

Thomlillaporamoth

Jorge Arturo Poveda Barrantes

Hola, Teresa. Puede que te parezca extraño este correo. Además, me fío de tu obsesión por estar más pendiente de los mensajes y asuntos que te llegan al celular, que por ejemplo, revisar en donde está la aguja del medidor de gasolina del Mazda 323 que te regaló tu padre. Asunto que al final ha hecho que el vigilante del conjunto residencial en donde vives no se oponga a dejarme entrar cuando me ve con un bidón de gasolina en las manos. Es más, nos hablamos como si fuéramos amigos de toda la vida, ya sabes, estrellamos las palmas, luego los nudillos y comentamos algo sobre rabetas monumentales de novias pasadas —te lo juro, sólo de novias pasadas—, borracheras, las posibilidades que tiene Millonarios de llevarse la copa este año y, algunas veces, nos fumamos un cigarrillo. Por suerte, no le gustan los mentolados. Él invita y yo ofrezco la cándela. Para que sepas que aún cargo el encendedor Zippo de colección. Un bello regalo de tu parte.

El asunto es que te escribo porque lo que tengo que decirte es muy importante. Dirás que por qué no te envié un mensaje por Messenger. Es lo que hacemos todo el tiempo, es verdad. Sí, sería sencillo: unas simples letras que pueden resumir una palabra y una carita de aquellas que pueden agregarle un poco de emotividad al mensaje. Es muy útil para los que no gustan de leer o escribir, como tú. También resulta, algunas veces, divertido. Como aquella vez que te envié por equivocación la carita que aprieta los ojos y deja que por su boca salga una corriente verde que lleva unas figuras deformes. Y lo único que te atreviste a responder fue “¿Otra vez estás borracho?” Intenté explicarte mi equivocación porque yo, como suelo hacer, quería enviarte la carita gritona, para luego decirte “iiiHola!!!” pero por la simple sospecha, dejaste en visto mis siguientes mensajes durante cuatro días. La verdad, es que fue gracioso, pero también ese malgenio tuyo me llevó a la pregunta de ¿Por qué las mujeres persisten tanto en salirse de los chiros si su pareja se toma unos cuantos tragos? No estoy afirmando que bebí aquel día. Ya sé que dirás que me delaté solo. Pero no es cierto. La cuestión es que hasta el día de hoy no hemos decidido vivir juntos, a pesar de que me diste la llave de tu apartamento hace un tiempo, y además, te aviso con tiempo cuándo va a ser el día que estaré más entre los muertos que entre los vivos, como tú sueles llamarle a los días de resaca. Bueno, pero lo que necesito que entiendas es que no podía enviarte un mensaje para lo que tengo que decirte.

Pensé también en compartir un videochat contigo, pero consideré que podrías asustarte al ver las circunstancias en las que me encuentro al

escribir esto. Una llamada dirías que hubiese sido lo más sensato. No creo que hubiese funcionado. Tuve mucho miedo de que no entendieras mis palabras, e incluso, de que no reconocieras mi voz. Lo más probable es que me hubieses tomado por un loco cualquiera y no tendría la oportunidad de explicarte de que en realidad no soy yo, son las voces. Por ellas he hecho lo que he hecho. Si quieres enterarte y convencerte, continúa leyendo, si no, vete ahora mismo lo más lejos que puedas. De cualquier modo, tu vida ya está en juego.

Si mal no recuerdo, hace un mes visitamos la casa de tu tía Paola, en el barrio La Candelaria. Esa mujer que decías que nadie quería visitar porque después de que perdió a su esposo e hijos había perdido la cabeza. No voy a tomarla contra ella porque bien sabes que disfruté la visita. Pero quizás lo que más me gustó fue el delicioso arroz con leche que nos dio de onces. También estuvo bien la colección de retratos de tus abuelos; el balcón colonial con su vista sobre los techos de las casas que te hacía sentir como si estuvieses en otra época; y la puerta del estudio del esposo muerto, que no dejaba de balancearse hacia adentro y hacia fuera si no se aseguraba con el mazo que estaba tras ésta. Mi hipótesis era que quien movía la puerta era un fantasma de algún virrey que deseaba asustar a la chusma que ahora habitaba su casa. Está bien, recuerdo que por mi comentario me diste una patada en la canilla derecha. Te juro que aprendí la lección.

Aunque pensándolo bien, me divertí mucho cuando vimos las fotos del álbum familiar de tu tía. Recuerdas que lo tomó de la biblioteca ubicada en el rincón derecho de la sala. Sabes que yo no perdono ninguna, pero cómo iba a mantener la boca cerrada. Imposible. Me conoces bien. No podía callarme. Tenía que decir algo en el momento que vi en aquellas fotos unas moñas en espiral a cada lado de tu cabeza de niña de ocho años, y también al ver la otra foto, en la que aparecías recostada sobre una toalla con cara de pocos amigos y un vestido de baño que te marcaba los gorditos. Pero cómo no te iba a comparar con algún personaje de Star Wars, por Dios, no podía dejar de hacerlo.

Después de mis comentarios le propusiste a la tía hacer un café. Debiste pensar que en ese momento me lanzaría sobre la biblioteca. Lo confieso, lo hice. Admito que desde muy niño me he sentido atraído por las bibliotecas. Me gusta curiosear entre las bibliotecas de las personas. Sus libros me dicen mucho más que sus palabras. Casi todas tienen álbumes de fotos, el atlas de Colombia, la enciclopedia de Círculo, alguna enciclopedia visual de esas que salen todos los domingos por fascículos en algún periódico y algún libro sobre remedios caseros. Algunas veces, me encuentro con una que otra novela, un libro de poemas o de cuentos y me siento como cuando era niño y cazaba tesoros entre la gravilla; una obra literaria en esas bibliotecas era como encontrar la piedra más lisa y blanca entre la gravilla. La biblioteca de la tía Paola, o más bien de su esposo, me pareció fascinante pero sucedió algo que no me dejó guardar el mejor

recuerdo de ésta.

La biblioteca era de roble, dividida en cinco secciones de derecha a izquierda y seis gruesas repisas de arriba bajo, el marco era casi tan grueso como el brazo de un hombre adulto. Todo empezó a ser extraño al descubrir las polillas que se posaban en las esquinas superiores. No recordaba haber visto polillas tan grandes en mi vida. Temí molestarlas. Pero después de observarlas un largo rato, me di cuenta de que eran de madera, aunque tenían un tono gris que recorría sus alas. Pensé que se debía al polvo.

En las repisas habían libros de arqueología, ciencias, matemáticas, cartas de relación, la constitución de 1886, revistas literarias de principios del XX, primeras ediciones de novelas de autores latinoamericanos, una edición de "El Carnero" que al verla tan amarillenta por lo años, creí que era alguno de los seis manuscritos legendarios que habían rondado estas tierras por poco más de doscientos años hasta que salió la primera edición impresa en 1859.

Sin embargo, antes de que pudiese tomar el libro me llamó la atención un objeto que estaba en la esquina inferior derecha. En ese momento, no me sentí capaz de llamarlo "libro" simplemente era un objeto que me causó repugnancia. Su lomo no parecía hecho de cartón, pergamino o cuero de algún animal conocido. Dirás que estoy loco pero mi impresión fue que estaba hecho de carne humana. Tuve la certeza de que si lo tomaba entre mis manos sentiría parte de los vellos que aún habían quedado sobre la carne y su sudor me dificultaría agarrarlo con firmeza, que quizás encontraría algún pulso al tocar alguna arteria escondida y que si lo acercaba a mi rostro no podría aguantar el olor de la carne cruda que se descomponía poco a poco. Entonces escuché la primera voz que decía "Atrévete. Sé que lo deseas. No te resistas a conocerme". Esa voz es una de las culpables de que en este momento, mientras escribo, la gasolina se deslice por entre mis pies.

Tuve la necesidad de coger ese objeto y por un momento, me pareció lo más hermoso que había visto en mi vida. Pensé que no sólo era un libro sino que era el único libro; que palabra alguna que hubiese fuera de aquel ejemplar no valdría la pena ser leída; pensé que la doctrina que guardaba entre sus páginas eran la única verdad; que atreverse a vivir sus fantasías era lo más coherente; que por estar sometido a sus leyes valdría la pena agachar la cabeza; que todo motivo de llanto o de lujuria resultaría banal si no lo provocaba sus páginas de carne.

Sin que aún lo tocara, el libro se tendió sobre la repisa haciendo a un lado tres tomos de una enciclopedia llamada "Continentes perdidos", abrió las páginas como si se estuviese desnudando sólo para mí. Allí aparecieron palabras ininteligibles de las cuales una se quedó en mi cabeza como si fuese un cincel que constantemente golpea un martillo para abrirse paso

hasta lo más profundo. La palabra era "Thomlillaporamoth". Entonces, el libro volvió a cerrarse.

Escuché un sonido como el que hacían las bisagras de la puerta del estudio pero venía de alguna parte de la sala. No vi la pequeña puerta que se había abierto en el último rincón de la biblioteca sino hasta que me agaché para intentar coger el libro. Algo salió de allí tan rápido que no tuve tiempo de identificarlo y se llevó el libro. No sé qué era pero estoy seguro de que eso tenía un color gris como el polvo que cubría aquellas polillas de madera.

Me atreví a colar mi mano por aquel pasadizo. No encontré más que la suciedad acumulada por la humedad y el tiempo y, algunas telarañas que se enredaron en mis dedos. Al escuchar tus pasos junto a los de la tía Paola, saqué mi mano y me puse de pie.

Recuerdo que cuando me descubriste limpiándome la mugre en el pantalón. Me dijiste "¿Estás loco?". No te presté atención porque volví a mirar el pasadizo de la biblioteca, pero no había más que madera firme y gruesa. El pasadizo parecía nunca haber existido.

Tu tía me alcanzó un trapo y se disculpó con nosotros porque la biblioteca no la había limpiado desde que su esposo había muerto cinco años atrás. Era su tesoro, a pesar de que él era ingeniero civil tenía muchas aficiones, dijo. La única sección que ella se había atrevido a tocar, era la repisa superior izquierda en la que estaban los álbumes familiares. No me atreví a decirle nada en ese momento sobre aquel libro. Quizás tu familia tenía razón de que la pobre estaba loca. A ti te caía bien y la amabas porque fue alguien importante en tu niñez. Hay personas que se quedan para siempre con nosotros por sus actos, porque se atrevieron a arrancarnos alguna sonrisa en nuestras vidas y nos cumplieron un capricho. Esas personas muy rara vez son los padres. En realidad son nuestros cómplices, los que dejan probar la manzana para darnos esperanza de que en la vida no sólo se debe agachar la cabeza. Pero tu tía no tenía forma de cómo superar la locura. Es por eso que creo que lo que le hice fue un favor. Sí, digamos que en cuanto a eso, las voces tenían razón.

¿Te parecieron las siguientes semanas como si todo fuese normal, Teresa? Puede que sí porque en ningún momento me preguntaste por qué tuve que ir tres veces al baño el día que vimos la última película sobre dinosaurios que estaba en cartelera. Como de costumbre, peleaste porque estuviese doblada al español ¿Para qué perdemos el tiempo leyendo si lo importante es ver a esos monstruos gigantescos comiéndose a cuanta persona se le atravesase? Sí, me di cuenta la importancia que le dabas a las imágenes que salían en la pantalla: cada vez que me paré al baño tú no dijiste ni una palabra, tan sólo te limitaste a ladear tu cabeza y a empujar mi cuerpo con la mano que estuviese libre de palomitas de maíz para que no estorbara. Créeme, amor. No sabes nada de monstruos. Pero si llegas

hasta el final de este correo te podrás dar una idea de ellos.

Recuerdas el otro día que fuimos al parque San Cristóbal y te conté acerca del miedo que me provocaban las jirafas de piedra cuando era niño, esas jirafas que en vez de manchas tienen son huecos para utilizarlos como escalera y así subirse sobre sus lomos o la cabeza. Dije "tengo 25 años, ahora ya no tengo miedo". Entonces, escalé y escalé el cuello de la jirafa de piedra pero me llamó la atención cuando dijiste "¿Qué te pasa? ¿De verdad, te causa tanto miedo, amor?" Reparé que no había escalado más que el primer hueco y me aferraba a éste como si estuviese a punto de caer a un abismo. No podía creerlo, mis brazos estaban cansados como si en verdad hubiese escalado por un largo tiempo, había sentido que mi cuerpo se alejaba del suelo de tierra, pero también en ese momento había escuchado las voces.

Algunas veces te dije que era mejor que nos viéramos otro día. Creíste que me iba de juerga con mis amigos pero la verdad es que tampoco quise contactar con ellos. Me quedaba todo el día en casa. Intenté callar esas voces con jornadas largas de sueño e incluso, me sumergí en la búsqueda de esa palabra que había visto en aquel libro: Thomlillaporamoth. Mis búsquedas se centraron en internet. Empecé a notar que las voces no se quedaban sólo en mi cabeza sino que también las pronunciaban mis labios por esa razón no me atreví a hablar, ni a salir a la calle a menos de que fuera necesario comprar algo de comer o reclamar el dinero que me enviaban mis padres para mis gastos. Me dediqué a dominar el lenguaje de los emoticones que me habías enseñado pero que pocas veces utilizaba porque prefiero las palabras.

En mis investigaciones acerca de aquella palabra me encontré con páginas que hablaban sobre cultos a seres extraños que podían hacer su voluntad sobre cualquier ser y cuyos nombres no debían pronunciarse; y libros prohibidos, que habían sido escritos en épocas anteriores a los primeros grabados de la cueva de Altamira. Épocas en las que la escritura misma no existía. ¿Sabes qué es un anagrama? Por su puesto que no lo sabes. Dicen que las palabras nacieron de esos libros primigenios, que cada cultura les dio su propio orden para ocultar su origen, porque el origen no es más que el caos, la locura infinita y la destrucción. Dirás que estoy loco. Puede que tengas razón. Si lo crees así por favor huye y no vuelvas a mirar hacia atrás. Pero, si no me crees te contaré lo que hice con tu tía.

Ella me abrió sus puertas unos minutos antes de medianoche. Era el único lugar al que podía acudir. Escuchó mi historia. Me dijo que era mejor que buscara ayuda en otro lugar, que ella no podía ayudarme, ya lo había intentado con su esposo y él había terminado en el fondo de un abismo junto a sus dos hijos. "Él lo hizo, aunque todos pensarán que había sido un accidente. Él fue quien decidió precipitarse al abismo y se llevó a mis hijos, él es el culpable" fueron las últimas palabras de tu tía antes de

exigirme que me fuera de su casa.

En contra de su voluntad accedí al estudio. Ella no me siguió, pero la escuché descolgar el teléfono en algún lugar de la casa. En el escritorio no había más que una lámpara con un bombillo fundido, en los cajones tampoco encontré cosa alguna; revisé un archivador y un cofre que estaban al lado de éste pero lo único que encontré fue algunos pececillos de plata que se escondieron en las esquinas. Antes de salir del cuarto vi el mazo. Estaba detrás de la puerta del estudio como debes de saber. Lo tomé y me dirigí hacia la biblioteca.

Al llegar, lo primero en lo que reparé fue que no estaban las polillas. La tía Paola llegó a mis espaldas, intentó decirme algo, pero yo me adelanté exigiéndole que me explicara qué había hecho con las polillas de la biblioteca. Ella hizo una cara de no entender lo que decía. Las voces habían vuelto y no me dieron tiempo de detener los dos golpes que le di a tu tía con el mazo: uno en el pecho, y el último, en la cabeza. Ella quedó tendida en el suelo con sus sesos escurriéndose como gelatina. Las voces empezaron a callar, a callar... Tuve miedo en el momento que un espasmo sacudió el cuerpo de la tía. "Volvieron las voces", pensé. Pero no fue así, y el cuerpo de tu tía Paola no volvió a moverse.

Escuché de nuevo las bisagras pero esta vez no sabía de qué lugar venía ese ruido. Perdí el control y azoté los muros que rodeaban la biblioteca. Logré detenerme cuando escuché las sirenas de la policía acercándose. Las voces me dijeron "No hay tiempo, hay que terminar con esto". Entonces, me dirigí a tu apartamento.

No tuve contratiempos con el vigilante ¿Ya te dije que ahora es mi amigo? Él sólo me dijo "¿Otra vez?" Yo pasé por la portería apenas rozándole la mano. Quizás eso debió parecerle sospechoso. No me detuve hasta llegar a tu apartamento. Probé la cerradura de tu habitación pero agradecí que estuviese cerrada. Eso me dio tiempo para controlar las voces. Pero no lograba ganar la batalla del todo. Intenté despertarte dándole golpes a la puerta pero cada uno no era más que un roce débil que seguramente no lograbas escuchar. Entonces, me encargué del bidón de gasolina, tal y como habían dictado las voces, dejé que el bidón cayera y se desocupara al ritmo que quisiera. Que dejara que la gasolina llegase a todo rincón. Que se colara bajo tu puerta.

Ahora estoy afuera de tu habitación sentado en esa butaquita que compraste una vez en el mercado de las pulgas. Escribo este correo desde tu computadora que descansa sobre mis muslos. No puedo más que utilizar una mano para escribir. En la otra, sostengo el encendedor —el mejor y el peor regalo que me han dado—con la llama viva. Las voces sólo esperan vencerme para hacer la voluntad de la gran polilla: Thomlillaporamoth.